

## HONRADOS CON LO REAL Y CANTORES DE ESPERANZA LECTURA CREYENTE DE LOS PROCESOS DE EXCLUSIÓN

F. Javier Vitoria Cormenzana

1. Hablar con la licencia de los pobres y la venia de “las historias evangélicas de gente feliz”
2. “Si se calla el cantor calla la vida”
3. La exclusión como exilio

El exilio, el hábitat natural de la condición humana y cristiana (Heb 11, 13-16; Fp 3, 20)

La exclusión, exilio infrahumano de la condición humana

4. Piezas para la cartografía de la esperanza.

4.1. El exilio en el tiempo del cumplimiento de la Promesa (Heb 11,1)

4.2. La esperanza como sabiduría vital (Heb 3, 6)

Utopía y desencanto: matrices de la esperanza

Esperanza y sabiduría cristiana

4.3. El sueño de los excluidos, gramática del nuevo alfabeto de la esperanza (Ap. 11, 8)

4.4 Los ojos del otro que nos visita: la mirada de la esperanza

4.5. Las señales de la promesa como guía (Mt 16, 1-5)

4.6. El aliento y la compañía de los testigos (Heb 12, 1-2)

4.7. El respiradero del retablo de las maravillas

4.8. Los juegos, regeneradores de vida

4.9. El humor redentor (Ps 126, 2)

5. Conclusión: volver a cantar la esperanza en tierra extraña de la exclusión

El Departamento de Acción Social de la CONFER me ha convocado aquí, esta tarde, para realizar una lectura creyente o, mejor sería decir, desde la fe cristiana de los procesos de exclusión. He aceptado su amable invitación. Me parecía tan inexcusable su

propuesta que no he podido rechazarla. Pero confieso que tengo la sensación de que mi proceder encierra una dosis de audacia tan inaudita que está seriamente amenazado por la desvergüenza. Soy consciente de que me enfrento con un grave y peligroso desafío. Sobre todo para mi mismo. Por una parte me siento corresponsable de la deuda que los ciudadanos satisfechos de España y de la Comunidad Europea tenemos contraída con los hombres y mujeres, conciudadanos nuestros, que están condenados a vivir en las “sombras de muerte” de la exclusión social europea (Mt 4, 16). Esta zozobra además se ve incrementada por una inquietante duda: ¿mi reflexión no contribuirá a ahondar el defecto de cierto progresismo eclesial, que se permite hablar de los pobres sin molestarse en “experimentarlos”? No quisiera que me ocurriera como a los zoólogos de laboratorio: conocen perfectamente las características zootómicas del elefante, pero su sabiduría tiene menos calidad que la de los pigmeos que han experimentado” y “practicado” al elefante, aunque ignoren que es un mamífero proboscideo. En este sentido quiero hacer mía la advertencia de G. Gutiérrez: releer los procesos de exclusión, es decir, la historia de los pobres, “*podría parecer un ejercicio meramente intelectual, si no se comprende que ello significa también rehacerla*”<sup>1</sup>.

Además de contar con la invitación de los organizadores de estas jornadas, que agradezco muy sinceramente, me gustaría solicitar una doble autorización para comparecer ante vosotros.

## **1. Hablar con la licencia de los pobres y la venia de “las historias evangélicas de gente feliz”**

### **La licencia de los pobres.**

La primera venia espero que me la concedan los pobres, los desechados y sobrantes, los insignificantes y humillados, los náufragos y hundidos de nuestras sociedades del bienestar. Desde hace tiempo estoy persuadido de que tanto histórica como escatológicamente “*extra pauperes nulla salus*”<sup>2</sup>. Ni hay salida a la situación terminal del mundo sin contar con los pobres, ni la salvación del Dios de Vida nos alcanzará realmente si no entramos a formar parte de “*la ecúmene de la humanidad sufriente*” (J. B. Metz). Con temor y temblor puedo reconocer que la opción por los pobres

---

<sup>1</sup>G. Gutiérrez, *La densidad del presente*, Sígueme, Salamanca 2003, 102.

<sup>2</sup>cf., Sobrino, J., *Extra pauperes nulla salus. Pequeño ensayo utópico-profético*: Revista Latinoamericana de Teología 69, Septiembre/Diciembre 2006, 219-261.

me va distanciando poco a poco de las características culturales de las clases favorecidas y satisfechas<sup>3</sup>. Cada día que pasa me resulta más intolerante e insoportable la opulencia esplendorosa y exhibicionista de los muy ricos. Sostengo que nuestro bienestar es un privilegio injusto, me propongo defender públicamente el tácito contrato generacional<sup>4</sup>; considero imprescindible la función del Estado para redistribuir las cargas de la justicia (haciendo posible los mínimos universalizables de las conquistas sociales) así como para ejecutar con este fin la hipoteca social que recae sobre los bienes materiales. Aunque los discursos oficiales está repletos de palabras que hablan de patria y nación, denuncio que ninguno de ellos puede referirse con verdad a una comunidad humana única. Declaro que no estamos en condiciones de llamar patria a España o a Euskadi en su conjunto: ¿para qué les sirve a los excluidos su identidad de españoles o de vascos, si esos adjetivos no garantizan realmente la capacidad de ejercer su derecho a autodeterminarse, que su condición sustantiva de sujetos personales y de ciudadanos les concede y les reconoce? Como ha escrito Antonio Gamoneda, “*un país sólo no es una patria; una patria es... un país con justicia*”.

### **La autorización de “las historias evangélicas de gente feliz”**

La segunda, se la solicito a treinta mil hombres y mujeres. Anualmente sirven a casi ochocientas mil seres humanos excluidos en las aproximadamente mil unidades de acción social, promovidas en España desde las comunidades religiosas. Gracias a ellos la Iglesia recupera diariamente el espacio de la exclusión como su propio calvario, pues allí sirve a “los vicarios de Cristo” y testimonia al Dios de Vida en medio de esta sociedad inmisericorde. Estoy seguro de que algunos de ellos os encontraréis aquí presentes. Por lo que sé de vosotros siempre me habéis parecido gentes de carne y hueso. Al mismo tiempo: justos y pecadores; militantes incansables de las grandes causas históricas y “enganchados” a pequeñas aficiones familiares; navegantes enriquecidos en el interminable viaje hacia Itaca<sup>5</sup> y naufragos aferrados tercamente a los restos del

---

<sup>3</sup>Puede verse una excelente descripción de las características culturales de las clases satisfechas en Galbraith, J. K., *La cultura de la satisfacción*, Ariel, Barcelona 1992, 29-37.

<sup>4</sup>Cuando una generación rompe este contrato que posibilita la cadena de la vida, como consecuencia de la sobreexplotación de los recursos naturales de la aldea y de cargar los costos excesivos de la satisfacción de sus deseos infinitos sobre las generaciones futuras, está produciendo muerte y exclusión en el futuro. Véase Moltmann, J., *El camino de Jesucristo. Cristología en dimensiones mesiánicas*, Sígueme, Salamanca 1993, 364.

<sup>5</sup>“*Cuando salgas en el viaje hacia Itaca/desea que el camino sea largo,/lleno de venturas, peno de conocimiento./A los Lestrigones y a los Cíclopes,/al irritado Poseidón no temas,/tales cosas en tu ruta nunca hallarás,/si elevado se mantiene tu pensamiento, si una selecta/emoción tu espíritu y tu cuerpo embarga./A los Lestrigones y a los Cíclopes,/ y al feroz Poseidón no encontrarás/si dentro de tu alma no los llevas/si tu alma no los yergue delante de ti./Desea que el camino sea largo./Que sean muchas las mañanas estivales/en*

“hundimiento de las utopías” en medio de la inmensidad del océano; resistentes a las inclemencias y vulnerables a la ternura; constantes en el bregar y cansados de la faena; centinelas del mañana y con los ojos cargados por el sueño de incontables noches de vigilia.

Muchos de treinta mil itinerarios vitales poseen las señas de identidad propias de “*las historias evangélicas de gente feliz*” (D. Aleixandre). Es decir, el aire inequívoco, el talante contagioso, el estilo inigualable del Evangelio de Jesús. Son discípulos y discípulas auténticos del Señor en la España del s. XXI. Mujeres y varones seducidos, movidos y consolados por el Espíritu de Jesús, que asumen sus opciones con su misma pasión. Han aprendido a vivir historia adentro, buscando la ciudad futura. Se han afincado “*fuera del campamento*”, en el lugar donde los pobres cargan con “*su oprobio*” (cf., Heb 13, 12) y su “necesaria” crucifixión (cf., Jn 11, 50). Transitan a contrapelo de un tiempo que ha mesianizado el mercado total, decretado la imposibilidad de las utopías, entronizado culturalmente los valores del individualismo, la privatización y el goce compulsivo del presente, y proscrito toda ética con pasión (e. d., compasiva y por ello mismo no exenta de padecimientos). Paradójicamente ese “desierto” en el que habitan es para ellos un regazo humano en el que encuentran luz, calor y compañía.

Si toda teología auténtica, como dice G. Gutiérrez, es “*un hablar enriquecido por un callar*”<sup>6</sup>, si toda lectura creyente de los procesos de exclusión depende de la vida de los hombres y mujeres insertos en ellos, si no existe una teología de la exclusión previa que trasvasarles, si únicamente cuenta con certificado de autenticidad el pensamiento cristiano sobre la exclusión que eleve al nivel del concepto sus vidas *con* los excluidos y sus praxis *en favor* de los pobres, entonces solamente sus biografías, cuya urdimbre son la contemplación y las prácticas solidarias (el momento del callar de Gustavo), autorizan mis palabras sobre la lectura creyente de los procesos de exclusión social. Por mi parte confío en saber administrar correctamente tan generoso crédito. Resultaría imperdonable que, a fuerza de querer establecer una unidad entre teología y vida cristiana, mi discurso

---

*que con cuánta dicha, con cuánta alegría/entres en puertos nunca vistos:/detente en mercados fenicios,/y adquiere las bellas mercancías,/ámbares y ébanos, marfiles y corales,/perfumes voluptuosos de toda clase./cuanto más abundante puedas perfumes voluptuosos;/anda a muchas ciudades egipcias/a aprender y aprender de los sabios./Ten siempre en el corazón a Itaca./Llegar hasta allí es tu destino./Pero no apures tu viaje en absoluto./Mejor que muchos años dure:/y viejo ya ancles en la isla,/rico con cuanto ganaste en el camino/sin esperar que riquezas te dé Itaca./Itaca te dio el bello viaje./Sin ella no hubieras salido al camino./Otras cosas no tiene ya que darte./Y si pobre la encuentras, Itaca no te ha engañado./Sabio así como llegaste a ser, con experiencia tanta,/ya habrás comprendido qué significan las Itacas”*(K. Kavafis).

<sup>6</sup>G. Gutiérrez, *Un lenguaje sobre Dios*, Concilium 191 (1984), 55.

terminara siendo una maraña compleja, desencarnada y extraña a los protagonistas de esas historias de solidaridad con los excluidos.

## 2. “Si se calla el cantor calla la vida”

La doble perspectiva de mi lectura creyente se encuentra expresada en el título de mi intervención: *honrados con lo real y cantores de esperanza*. Pero a nadie, y menos aún a quienes conviven a diario con las víctimas de la exclusión, se nos oculta la gran dificultad que entraña cantar la esperanza y pretender, al mismo tiempo, se honrados con la realidad ¿Cómo cantar la esperanza en la tierra extraña de la exclusión? ¿Podemos cantarla, cuando la situación de los excluidos nos acongoja, nos deprime y atormenta? La promesa del salmo 126 tiene, sin duda, resonancias alentadoras para quienes trabajan en la exclusión: “*Cuando libere el Señor a los prisioneros de Sión, parecerá que estamos soñando; nuestros labios se llenarán de sonrisas*”. Pero, al mismo tiempo, desde esos procesos se percibe con gran claridad cuánto queda aún por andar para que llegue ese día. No sería mejor preguntarse con el salmo 137: “*¿Cómo podremos cantar la canción del Señor en tierra extraña?*”

Tampoco el clima cultural da para cánticos de esperanza. Ni dentro, ni fuera de la Iglesia. Muchos cristianos y cristianas de mi generación todavía no se han repuesto del impacto emocional producido por la experiencia de un espejismo en su trayectoria histórica. Todavía ayer se vieron en las mismas puertas de una “*tierra buena y espaciosa que manaba leche y miel*” (cf. Ex 3, 8). Cuando sus pies se disponían a cruzarlas, comenzaron a masticar la arena del fracaso y la frustración de sus expectativas políticas, sociales y eclesiales. De pronto el desierto dejó de ser éxodo y camino, y se convirtió en exilio y confinamiento para ellos. Hoy sienten en carne propia la tentación de pensar que los sueños emancipatorios son inútiles. Muchos de ellos dan la razón a quienes proclaman que “*los que ven espejismos no beben antes agua que aquellos que no ven más que arena*” (Bernardo Atxaga). Y a todos nos cuesta -¡y mucho!- digerir el naufragio de una esperanza “*barata*” y convertirlo en sabiduría para la vida.

A pesar de compartir personalmente esta experiencia de “desencantamiento”, creo que podemos y debemos cantar en tierra extraña. En realidad cuantas veces entonamos con entusiasmo canciones en el pasado, siempre lo hicimos viviendo lejos de la tierra de las promesas. Más aún, en el caso de que de tanto penar se nos haya olvidado cantar, necesitamos aún con mayor urgencia aprender de nuevo. Si no

volvemos a cantar terminaremos por acostumbrarnos a las condiciones del destierro y permitiremos que la esperanza se marchite. Nos lo recuerdan los versos de Horacio Guarany:

*“Si se calla el cantor  
calla la vida  
porque la vida,  
la vida misma es todo un canto  
si se calla el cantor  
muere de espanto  
la esperanza, la luz y la alegría”.*

Ahora bien, nadie canta sin motivo por mucho que quiera o se lo ordenen desde fuera. No seremos capaces de entonar nuevas canciones si no distinguimos restos de la tierra prometida en el exilio e identificamos señales de la patria en el destierro; si no avistamos la victoria de la vida en las heces del mundo que debe desaparecer; si no soñamos la utopía en el desencanto y paladeamos la alegría en el sufrimiento; si no desciframos códigos de la esperanza en el paisaje después de la catástrofe<sup>7</sup>; y si no escuchamos el canto de Dios entre los suspiros de las criaturas.

Con este fin necesitamos recuperar la visión de nuestra situación y repasar nuestra hoja de ruta.

### **3. La exclusión como exilio**

#### **El exilio, el hábitat natural de la condición humana y cristiana (Heb 11, 13-16; Fp 3, 20)**

Jamás la humanidad, ni ninguno de sus miembros ha habitado en “la tierra prometida”, ni residido en ciudad santa alguna que contuviese en su interior el paraíso (cf. Apoc 21, 6; 22, 1-2.). El exilio es la condición natural de todos los seres humanos, y no solamente de los cristianos. La vida misma se encarga de residenciarnos en parajes de deportación y desarraigo. Empezando por la experiencia del propio cuerpo. El envejecimiento y muy especialmente la enfermedad son agujones que tarde o temprano nos hacen sentir que vivimos exiliados en nosotros mismos (2 Cor 12, 7).

---

<sup>7</sup>cf., García Roca, J. /.-S. Rovira Ortiz, A, *Paisaje después de la catástrofe. Códigos de la esperanza*, Sal Terrae, Santander 2003.

Nuestros más profundos deseos nos advierten permanentemente que nuestro verdadero hogar no es la tierra que moramos. En ella los hombres y las mujeres siempre se han percibido con un grado tal de extrañamiento que les ha conducido a pensar que alguna vez fueron expulsados por los dioses de un paraíso primigenio y confinados en una extraña tierra.

Quizás nos convenga refrescar la memoria y recordar que a partir de los años 70 el paradigma del exilio sirvió para comprender la condición natural de los cristianos en el mundo. La destrucción de Jerusalén produjo una enorme conmoción en la fe no solo de la comunidad judía, sino también de la judeocristiana. Poco a poco y de manera cada vez más apremiante la primera comunidad cristiana pasó de la aflicción por la pérdida de la Jerusalén terrena a la contemplación anhelante de la Jerusalén celestial. Esta última se convirtió en la imagen de su esperanza apocalíptica. Los cristianos se consideraron, ya aquí en la tierra, hijos de la Jerusalén celestial que es libre, mientras que la Jerusalén terrena era esclava y lo mismo sus hijos (cf. Gal 4, 25-26). Los cristianos eran ciudadanos del futuro reino de Dios, simbolizado en la Jerusalén celestial, y consecuentemente viven como exiliados: *“No tenemos aquí ciudad permanente, sino que andamos buscando la del futuro”* (Heb 13, 14)<sup>8</sup>.

La consecuencia práctica es una invitación a vivir permanentemente como extranjeros en este mundo. Ni la autoproclamada *“Roma aeterna”* de ayer, ni la ensalzada España autonómica, moderna y europea de hoy son capaces de cumplir la promesa sagrada de ser ciudad permanente. Para los cristianos en este tiempo del mundo no hay ninguna ciudad sagrada, ni permanente. Para los cristianos como dice la Carta a Diogneto *“toda patria será el extranjero y toda tierra extranjera será su patria”*.

### **La exclusión, un exilio infrahumano para la condición humana**

Tras estas observaciones generales sobre nuestra condición de exiliados, vamos a detenernos en uno de los puntos infrahumanos de la geografía de nuestros destierros colectivos: los procesos de exclusión. Desde la perspectiva cristiana nos enfrentamos a una realidad cuya condición de exilio no tiene que ver directamente con la condición limitada y finita de los seres humanos y sus deseos de plenitud infinita, sino con los condicionamientos infrahumanos que el pecado plantea a la existencia humana. Millones de hombres y mujeres

son víctimas de los procesos de exclusión que terminan por convertirlos en residuos humanos insignificantes. Es un exilio producido por una cultura asesina y fratricida, y no simplemente por la contingencia y mortalidad de los seres humanos.

El libro del Apocalipsis nos servirá de guía en esta primera aproximación a los procesos de exclusión. Se trata de un libro difícil, que fue escrito para sostener la esperanza de los cristianos e invitar a la resistencia frente a los imperios opresores de turno. Proclama el anuncio de una buena nueva eterna (Ap 14, 6) en medio de las persecuciones del imperio romano (Ap 2, 13)<sup>9</sup>. Babilonia, la gran ciudad del destierro de Israel en tiempos del rey Nabucodonosor, fue la antítesis veterotestamentaria por antonomasia de la Jerusalén terrena. El autor del Apocalipsis va usar este nombre como término cifrado para referirse a la ciudad de Roma en el imperio romano. A la Gran Ciudad no la denominará “la diosa Roma”, sino la Ramera, madre de todas las rameras y de las abominaciones de la tierra, que tiene la soberanía sobre los reyes de la tierra y embriaga con el vino de su prostitución a los habitantes de la tierra. La ciudad que domina el mundo es la “Bestia” que emerge del Abismo y se emborracha con la sangre de los santos y los mártires de Jesús (cf. Ap 17), y de todos los degollados sobre la tierra (cf. Ap 18, 24).

La Babilonia actual en la que gran parte de la humanidad vive exiliada, la Bestia, la gran Ramera, el Dragón, el Anticristo de los inicios del s. XXI es el Mercado. Lo afirmo aun a riesgo de ser tachado de idiota ideológico por Mario Vargas Llosa y su hijo Álvaro<sup>10</sup> El fetichismo o autototalización del sistema económico, el incontrolable poder del mercado, según los criterios de la razón instrumental, ponen en riesgo la sobrevivencia de la humanidad y de la vida en el planeta tierra. Se trata del principio-Babilonia, de lo idolátrico «hecho de la mano de los humanos». La ideología neoliberal lo ha justificado como un absoluto que contamina con su lógica los más diversos sistemas y ámbitos en los que se establecen las relaciones humanas<sup>11</sup>. Las consecuencias nos impiden llamar “nuestra patria” a este mundo así globalizado:

“El sistema económico actual, como un enorme ídolo, como la bestia del Apocalipsis (Ap 13), cubre la tierra con su cloaca de desempleo y de falta de viviendas, con su hambre y

---

<sup>8</sup> Moltmann, J., *La venida de Dios. Escatología cristiana*, Sígueme, Salamanca 2004, 393-394.

<sup>9</sup> cf., Alegre, X., *El Apocalipsis, memoria subversiva y fuente de esperanza para los pueblos crucificados*, Revista Latinoamericana de Teología 26 y 27 (1992), pp. 201-229 y 293-323 respectivamente; *Resistencia cristiana y esperanza profética. Lectura del Apocalipsis de Juan desde la víctimas*, Revista Latinoamericana de Teología 55 (2002), pp.3-24.

<sup>10</sup> cf., Vargas Llosa, M. *El regreso del idiota*, El País 11 de febrero 2007.

<sup>11</sup> cf., Dussel, E., *Transformaciones de los supuestos epistemológicos de la «Teología de la Liberación»*, en Fornet-Betancourt, R.(ed.), *Resistencia y solidaridad. Globalización capitalista y liberación*, Trotta, Madrid 2003, p.297.



desnudez, con su desesperación y muerte. Destruye otras formas de vida y de trabajo que sean opuestas a las suyas. Con hostilidad hacia el medio ambiente, destruye la naturaleza. A los pueblos conquistados por ella les impone una cultura extraña. En su insaciable ansia de bienestar, hace que las personas del Tercer mundo, pero cada vez más también las del Primer mundo, se ofrezcan a sí mismas como sacrificio en un holocausto sangriento. La bestia se ha convertido en un monstruo de furia rabiosa, armado hasta los dientes con carros de combate y cañones, con bombas atómicas y navíos de guerra, con misiles dirigidos por ordenador, con sistemas de radar y satélites, y que lleva a la humanidad hasta el borde de la total y repentina destrucción”<sup>12</sup>.

#### 4. Piezas para la cartografía de la esperanza

“Y en el mudo se ha desatado un gran tráfico de  
sueños  
que no pueden detener los traficantes de la muerte;  
Y la semilla de estos sueños no se puede detectar  
porque va envuelta en rojos corazones  
o en amplios vestidos de maternidad  
donde piesecitos soñadores alborotan los vientres  
que los cargan.

Dicen que la tierra después de parirlos  
desencadenó un cielo de arco iris  
y sopló de fecundidad las raíces de los árboles.

Nosotros sólo sabemos que los hemos visto  
sabemos que la vida los engendró  
para protegerse de la muerte que anuncian las  
profecías”<sup>13</sup>.

##### 4. 1. El exilio en el tiempo del cumplimiento de la Promesa (Heb 11,1)

Nuestra experiencia de exilio, y también la de los excluidos, acontece en un tiempo histórico cualificado salvíficamente-“*kairós*”- de manera diferente al del pueblo judío. Mientras Israel lo vivió en la expectativa del cumplimiento de la promesa mesiánica divina, los cristianos creemos que esa promesa se ha cumplido en Jesucristo y en su Espíritu.

---

<sup>12</sup>J. Moltmann, *La venida de Dios. Escatología cristiana*, Sígueme, Salamanca 2004, p.282.

<sup>13</sup>Gioconda Belli, *El ojo de la Mujer*, Visor Madrid 1992, 218

El propio Jesús creyó que el tiempo de las expectativas se había cumplido y que había llegado la hora decisiva para el Evangelio de la irrupción de la Promesa de Dios (cf. Mc 1, 15), que portaba no sólo un *sentido nuevo* para los hombres, sino de *nuevas posibilidades históricas de vida para los pobres* (cf. Lc.4, 16-22). Todas sus acciones liberadoras en favor de los oprimidos y su extremo compromiso solidario con los marginados que salen a su paso (cf. Mt 9, 35-36; 14, 14; Mc 6,34; 8,2; Lc 7, 12-13, tienen la pretensión de abrir espacios a esa promesa de Dios que con su presencia había ingresado definitivamente en la historia. Otro mundo era posible porque el Reino de Dios había llegado.

Su confianza en el Dios de la promesa cumplida y su empeño en movilizarse hacia los de abajo para hacerla avanzar hacia adelante generaron, como sabemos, una enorme conflictividad histórica. Los poderosos percibieron sus *dívinas* prácticas en favor de los pobres como *diabólicas* (cf. Mt 12, 22-29), y no solamente como “*idioteces*” políticas propias de una izquierda detestable. Por eso Jesús fue condenado a muerte y ejecutado en la cruz por orden de las autoridades romanas en lugar de ser descalificado por la vía del discurso racional. Su resurrección representó la confirmación definitiva de la vigencia histórica de la promesa. Dios revela en el rostro crucificado del Resucitado su vigencia definitiva para historia humana. La victoria de Jesús tras su muerte se convierte en el signo fecundo de la rebelión divina contra la inevitabilidad de todos los exilios de la historia y muy singularmente contra aquellos que son infrahumanos.

El poder ya no lo tendrá el Imperio, sino el Padre y Jesús resucitado (Ap 12, 10-12). El poder del pecado, entendido como todo aquello que niega y destruye la posibilidad histórica de la promesa de Dios, marca con los estigmas del Cordero degollado (cf. Ap 5, 6-14) su realización empírica. El fracaso, la derrota y la muerte serán para siempre sus señas de identidad. Pero la promesa divina para los pobres ya no podrá jamás ser desalojada de la historia. El Espíritu de Jesús resucitado se ha constituido en su primicia (cf. Rom 8,23) y en garantía de su futuro cumplimiento para y en la historia humana (cf. Ef 1,13; 2 Cor 1,22). El Espíritu del Resucitado hará que la promesa de Dios porfíe terca y permanentemente por brotar justamente en aquellos parajes de sombra y de muerte donde más duelen sus capitulaciones y quebrantos. La resurrección de Jesús proclama de un modo terminante que “la patria”, -“la tierra nueva”, “la ciudad santa”, “la nueva Jerusalén” (cf. Apoc 21, 1-2)- de una humanidad reconciliada, solidaria y fraterna tiene definitivamente camino y futuro por delante. La comunidad cristiana cree que la promesa se ha instalado definitivamente en la historia y

que, como *su motor, su motivo, su resorte y su tormento*<sup>14</sup>, actúa ya con fuerza en su presente.

Esta situación nueva nos capacita para esbozar una cartografía de la esperanza, que nos permita dejarnos afectar por la tierra nueva, deseársela, imaginarla, y nos autoriza a cantarla en tierra extraña.

#### **4. 2. La esperanza como sabiduría vital (Heb 3, 6)**

Hoy estamos en condiciones de convertir la esperanza en una sabiduría para el vivir cotidiano. Tenemos que reconocer que fuimos demasiado rápidos y contundentes en la proclamación de la esperanza<sup>15</sup>. Nuestro discurso terminó por volverse demasiado voluntarista, demasiado “profético” (entre comillas) hasta perder en parte su objetivo. Fuimos idealistas en exceso. Con la mejor de las intenciones nos equipamos con una esperanza rígida, dictada por un sentimiento de urgencia, fruto de una generosidad inocente e ingenua o de una posición ideológica y ciegamente militante. Hoy sabemos que estuvimos equivocados. El resultado es inapelable: una esperanza engañada o fatigada, una esperanza fracasada, por falta de sabiduría.

Hoy ante tanta acomodación a las condiciones del exilio conviene -¡y mucho!- volver a recordar que *no se puede vivir sin utopía y un grano de locura*. Pero además necesitamos de la honradez con lo real y su capacidad de “desencantar” la utopía y de hacer sensata “la locura”.

#### **Utopía y desencanto: matriz de la esperanza**

El final del mito revolucionario, con la caída del comunismo, puede hacer comprender que las utopías son una levadura, que por sí sola no basta para hacer pan, contrariamente a lo que han creído muchos ideólogos, pero sin la cual no se hace un buen pan. El mundo no puede ser redimido de una vez para siempre y cada generación tiene que empujar, como Sísifo, su propia piedra, para evitar que ésta se le eche encima aplastándole.

---

<sup>14</sup>cf., Moltmann, J., *Teología de la Esperanza*, Sígueme, Salamanca, 1968, 213\_214.

<sup>15</sup>En este punto me inspiro en un texto de A. Gesché escrito en un contexto totalmente diferente; véase *El sentido*, Sígueme, Salamanca 2004, 131 ss.

Este principio de tercer milenio necesita utopía unida al desencanto. El destino de cada hombre, y de la misma historia, se parece al de Moisés, que no alcanzó la Tierra Prometida, pero no dejó de caminar en dirección a ella. Utopía significa no rendirse a las cosas tal como son y luchar por las cosas tal como debieran ser; saber que al mundo le hace buena falta que lo cuiden, lo cambien y lo rediman. Utopía significa no olvidar a esas víctimas anónimas, a los millones de personas que perecieron a lo largo de los siglos a causa de violencias indecibles y que han sido sepultadas en el olvido. La utopía da sentido a la vida, porque exige, contra toda verosimilitud, que la vida tenga un sentido.

Utopía y desencanto, antes que contraponerse, tienen que sostenerse y corregirse recíprocamente. El final de las utopías totalitarias sólo es liberatorio si viene acompañado de la conciencia de que la redención, prometida y echada a perder por esas utopías, tiene que buscarse con mayor paciencia y modestia, sabiendo que no poseemos ninguna receta definitiva, pero también sin escarnecerla.

Cada generación y cada individuo tienen que volver a experimentar, y no sólo una vez, la experiencia traumática pero salvífica de los primeros cristianos, que esperaban la parusía, el retorno del salvador que les había sido prometido, la llegada del Paráclito, el Espíritu de la consolación, confiados en que vendría ya durante sus vidas. La parusía no llegó y no debe haber sido fácil, para aquellos creyentes desilusionados, resistir a la decepción y entender que no se trataba de un mentís, sino de un aplazamiento de la salvación y quizás ni siquiera de una moratoria, sino de la revelación de que la salvación no llega una vez para siempre sino que está siempre en camino, hasta el final de los tiempos -que quizás no acaben, por lo menos durante la breve presencia del hombre en la tierra.

### **Elogio del desencanto**

Desencanto significa saber que la parusía no tendrá lugar, que nuestros ojos no verán al Mesías, que el próximo año no estaremos en Jerusalén, que los dioses se han exiliado. Quienes creen que el encanto es algo fácil, son fáciles presas del cinismo reactivo cuando el encanto revela sus grietas o deja de manifestarse. El desencanto, que corrige a la utopía, refuerza su elemento fundamental, la esperanza. ¿Qué es lo que puedo esperar? La esperanza no nace de una visión del mundo tranquilizadora y

optimista, sino de la laceración de la existencia vivida y padecida sin velos, que crea una irreprimible necesidad de rescate. El mal radical -la radical insensatez con que se presenta el mundo— exige que lo escrutemos hasta el fondo, para poderlo afrontar con la esperanza de superarlo. Charles Péguy consideraba la esperanza como la virtud más grande, precisamente porque la propensión a desesperar está tan fundada y es tan fuerte, y porque es tan difícil reconquistar la fantasía de la infancia, ver cómo todo se va desarrollando y sin embargo creer que mañana irá mejor.

Recurriré a Miguel de Cervantes y a su obra cumbre para comprender mejor lo que quiero expresar. Don Quijote es grande porque se empeña en creer, negando la evidencia, que la bacía del barbero es el yelmo de Mambrino y que la zafia Aldonza es la encantadora Dulcinea. Pero don Quijote, por sí solo, sería penoso y peligroso, como lo es la utopía cuando violenta a la realidad, creyendo que la meta lejana ha sido ya alcanzada, confundiendo el sueño con la realidad e imponiéndolo con brutalidad a los otros, como las utopías políticas totalitarias. Don Quijote necesita a Sancho Panza, que se da cuenta de que el yelmo de Mambrino es una bacinilla y percibe el olor a establo de Aldonza, pero entiende que el mundo no está completo ni es verdadero si no se va en busca de ese yelmo hechizado y esa beldad luminosa. Sancho sigue al enloquecido caballero -es más, cuando éste recobra la cordura, se siente perdido y reclama nuevas aventuras encantadas. Pero don Quijote, por sí solo, sería tal vez más pobre que él, porque a sus gestas caballerescas les faltarían los colores, los sabores, los alimentos, la sangre, el sudor y el placer sensual de la existencia, sin los cuales la idea heroica, que les infunde significado, sería una prisión asfixiante.

En el desencanto, como en una mirada que ha visto demasiadas cosas, se da la melancólica conciencia de que el pecado original ha sido cometido, de que el hombre no es inocente y el yelmo de Mambrino es una bacía. Pero se da también la conciencia de que el mundo de vez en cuando es tan encantador como el Edén, de que los hombres débiles y malvados son también capaces de generosidad y amor, de que un cuerpo efímero y mortal puede ser amado con pasión y el yelmo de Mambrino, aun inencontrable, refleja su resplandor en las cazuelas oxidadas.

La esperanza es un conocimiento completo de las cosas; no sólo de cómo éstas aparecen y son, sino también de aquello en lo que se tienen que convertir para conformarse a su plena realidad aún no desplegada, a la ley de su ser. Se identifica con el espíritu de la utopía; y significa que tras cada realidad hay otras potencialidades que

hay que liberar de la cárcel de lo existente. La esperanza se proyecta en el futuro para reconciliar al hombre con la historia, pero también con la naturaleza, esto es, con la plenitud de sus propias posibilidades y pulsiones.

El desencanto es una forma irónica, melancólica y aguerrida de la esperanza; modera su *pathos* profético y generosamente optimista, que subestima fácilmente las pavorosas posibilidades de regresión, de discontinuidad, de trágica barbarie latentes en la historia<sup>16</sup>.

### **Nuevos aprendizajes, nuevas buenas prácticas**

La conjugación correcta de este binomio nos otorga sabiduría para combinar la perplejidad de los caminos y la humildad de los medios con la certeza de las metas anheladas a la hora de poner nuevamente rumbo a Itaca. Cuando la crisis de la utopía no se identifica como su mutación y no se está dispuesto a volver a encantarse con los grandes mitos de la humanidad (libertad, fraternidad, igualdad, paz) tan coincidentes con el sueño de Dios (cf., Is 11, 1-10), se carece de ingenio suficiente para sobrevivir al naufragio de los grandes ideales emancipatorios y mantenerse a flote. No se ponen en práctica las destrezas imprescindibles para volver a navegar después de zozobrar: *imaginación* para (re)construir con los restos dispersos del naufragio una nave, *paciencia* para gobernarla, *lucidez* para buscar el rumbo y *pulso* para mantenerlo<sup>17</sup>.

Todavía una imagen más. Esta vez relacionada con el vuelo. Si una generación como la nuestra, lanzada al vacío, quiere convertir su caída en vuelo, necesita reiniciarse en la experiencia del *pathos utópico*, productor de esas ensoñaciones sin contenido definido ni definitivo, que hacen posible *otra* mirada sobre lo real. Una visión, ni miope, ni fanática, que dinamice la acción justamente porque descubre la viabilidad histórica de espacios inéditos de humanización y entrevé la posibilidad de hacerlos realidad.

Si el desencanto actual no provoca la reinterpretación de los anhelos humanos de plenitud que recogían las viejas utopías (burguesa y socialista), sino la mera “*pérdida de ilusiones*”, entonces nuestra generación estará abandonando definitivamente a su

---

<sup>16</sup>cf., C. Magris, *Utopía y desencanto*, Anagrama, Barcelona 2001, 11-17.

<sup>17</sup>Sobrevivir, navegar, elegir el rumbo son los decisivos niveles éticos que J. Antonio Marina propone a una generación que bracea en el mismo mar; cf., *Ética para náufragos*, Anagrama, Barcelona, 1995, 10.

suerte a los náufrago y hundidos del sistema. En tiempos de crisis necesitamos activar la “memoria crucis” para recordar que solamente a causa de las víctimas se nos ha otorgado la esperanza.

En nuestras sociedades avanzadas somos ciegos para percibir las consecuencias de la evaporación de la utopía en el vidrio azogado del grito desgarrador de los pobres y de las esperanzas expectantes de los desposeídos del mundo, a quienes se les prohíbe soñar con la posibilidad real de encontrar albergue en esta tierra, la casa común de la Humanidad, y poder así compartir las ventajas del progreso.

Siguiendo la mejor tradición bíblica, hemos de recordar que la esperanza se *nos ha dado en favor de la causa de los pobres*. Sus gritos de dolor, sus silencios definitivos y sus cánticos de esperanza relativizan nuestros estados de ánimo, pulverizan nuestros debates teóricos, se levantan acusadores contra tanta compensación oculta por semejante pérdida, y reclaman nuestra colaboración para una recreación de los sujetos transformadores de las metas y los caminos, que permita avanzar eficazmente, aunque sea un milímetro, en la dirección de la ciudadanía universal. Dejarse impulsar por "*una nueva y arrasadora utopía de la vida*", como reclamara G. García Márquez, permite conjugar el saber con la esperanza, transitar de la grandilocuencia de los discursos a la modestia de los hechos, y circular de la sola compasión a los compromisos y las propuestas solidarias, que van abriendo por fin y para siempre una segunda oportunidad a las estirpes condenadas a cien años de soledad.

### **Esperanza y sabiduría cristiana**

Sin sabiduría y sin un poco de dulzura tampoco se puede vivir. “A veces - como nos recuerda A. Gesché- *solemos temer que la sabiduría apague o extinga todo ideal y todo compromiso hacía el futuro. Sin embargo, en contra de tal idea, podemos afirmar que necesitamos la sabiduría para hacer que las posibilidades de la esperanza sean reales, para que su camino su futuro resulten de nuevo imaginables, familiares y posibles. Buscamos una sabiduría que, lejos de ahogar la fe cristiana, haga que su esperanza sea al fin algo que resulta posible alcanzarlo [...]. Se trata de la «sabiduría de la esperanza»*”. Se trata de una sabiduría que, como la esperanza, viene de lo alto, y no es una forma astuta de adaptarse simplemente a la tierra. “*Dame la sabiduría que se sienta junto a tu trono...Envíala de los cielos santos, mándala de tu trono de gloria para que a mi lado participe en mis trabajos*” (Sab 9, 4.10).

Para superar las condiciones del exilio necesitamos salir de nuestro *encerramiento* en la pureza del anuncio ortodoxo e intempestivo del futuro o en la nostalgia repetitiva y estéril del pasado, que solo provoca dolor, pataleo y desesperación. Necesitamos abrirnos, como la fe de Israel en contacto con la cultura griega, a una sabiduría nueva que pueda ayudarnos a lograr que la esperanza no sea ilusoria y encuentre los caminos y los medios de aquello que promete.

La profecía sitúa la esperanza del pueblo Israel ante los riesgos de su frágil identidad en la vía de *la contestación*. Para mantenerse al abrigo de los peligros no basta con ser hijo de Abrahán o con ofrecer los sacrificios prescritos (identidad fundacional). Es preciso saber dar una respuesta adecuada al cuestionamiento y debilitamiento provocados por las amenazas internas (los pecados del pueblo y de sus dirigentes) y externas que originan la experiencia del exilio, donde la identidad ha forjase en y ante la amenaza de una cultura extranjera.

Pero si la identidad se funda sólo en la contestación, en proponer sin cesar horizontes nuevos, en apelar siempre a las urgencias del compromiso, esta identidad profética “*¿no correrá el riesgo de enervar las voluntades, minando sin cesar aquel fundamento que resulta indispensable para toda forma de vida, el fundamento de la paz y la quietud, de la tranquilidad y el retorno bienhechor al país de origen? Por su impaciencia y por su exaltación, la profecía -que debería fundar la esperanza- puede quizá mermar y hacer difícil el gusto de la vida. Y esto ¿no puede hacer paradójicamente que la esperanza desemboque en una nueva desesperación?*” Si puede darse un encerramiento en la ley, puede haber también un encerramiento en el profetismo. El profetismo está encargado de mantener nuestra esperanza. Pero, por su obstinación en hacerlo a veces de manera demasiado intensa, se transforma casi en fatalismo y convierte la esperanza en desesperación. Y es aquí donde hoy nos ofrece socorro y salvación la sabiduría como en ayer lo hicieron los *libros sapienciales* de la Biblia a la identidad de la esperanza de Israel, que corría un riesgo de posible encerramiento.

En el exilio se desarrolla la sabiduría que enseña a releer el éxodo desde las condiciones del destierro. Una sabiduría del pueblo ligada a la cotidianidad, con el realismo de cada día, con su pobreza, su prosa, su vulgaridad y sus contradicciones. Una sabiduría cuyo interés prioritario consiste en luchar por la propia vida y la de los demás. Una sabiduría recorrida por la fina ironía escéptica del Qohelet, la fiesta amorosa del Cantar de los Cantares y la paciencia de Job. Una



sabiduría que permite encontrar de nuevo los caminos de la esperanza en el mismo terreno donde se yerguen los ídolos y su (aparente) victoria.

“*Pan y rosas*” se ha convertido en una de las más famosas canciones del movimiento obrero mundial y constituye un icono que expresa con precisión la comunión de la necesidad de sentido y la necesidad de estar, hacer y tener. La canción pone de manifiesto la acuciante necesidad (“*Los corazones pasan hambre tanto como los cuerpos*”<sup>18</sup>) y la centralidad que para la misión liberadora tienen la necesidad de sentido.

#### **4.3. El sueño de los excluidos, gramática del nuevo alfabeto de la esperanza (Ap. 11, 8)**

*El eclipse de la utopía lo sufre el Norte.* En realidad el mundo que no le deja espacio es el nuestro, es decir, el “mundillo” de las sociedades avanzadas y de los beneficiarios de la cultura de la satisfacción. Nosotros no la necesitamos. Nos convendría y mucho que el triunfo del capitalismo democrático nos hubiera hecho entrar para siempre en “el fin de la historia”. En Europa, como padecemos el mal congénito del eurocentrismo, siempre terminamos por confundir nuestro barrio con la totalidad de la aldea global y por calificar cualquiera de nuestros muchos atascos circulatorios (utópicos, ideológicos, financieros o humanos) de crisis mundiales.

El mundo mayoritariamente real que vive en el exilio primordial, el de la pobreza, la exclusión social y la marginación cultural, no se puede permitir el lujo de negar la vigencia de la utopía. Desde su interior se ha proclamado contra viento y marea la visión de “*una nueva y arrasadora utopía de la vida, donde nadie pueda decidir por otros hasta la forma de morir, donde de veras sea cierto el amor y sea posible la felicidad, y donde las estirpes condenadas a cien años de soledad tengan por fin y para*

---

<sup>18</sup> Una posible traducción de la canción sería la siguiente: Pan y rosas (Letra: James Oppenheim; Música: Martha Coleman. EE.UU., Aprox. 1910). *Mientras marchamos, marchando en medio de la belleza del día,/ Un millón de oscuras cocinas y un millar de hilanderías grises/ **Son** tocadas por todo lo radiante que un repentino sol revela/ A la gente que nos escucha cantar: ¡Pan y rosas! ¡Pan y rosas! // Mientras marchamos, marchando luchamos también por los varones./ Ya que son hijos de las mujeres y seremos sus madres otra vez./ Y nuestras vidas no serán esclavizadas desde que nacemos hasta morir./ Los corazones pasan hambre tanto como los cuerpos: ¡dadnos pan pero dadnos también rosas! // Mientras marchamos, marchando, innumerables mujeres muertas/ Gritan a través de nuestro canto su viejo clamor por el pan./ Sus espíritus cansados conocieron el pequeño arte del amor y la belleza:/ Sí, es por pan por lo que luchamos –pero luchamos por las rosas también.// Mientras marchamos, marchando traemos el gran día./ El ascenso de las mujeres, que significa el ascenso de la humanidad./ En vez de fatiga y del holgazán – diez trabajan para que uno descanse./ Compartamos las glorias de la vida: ¡Pan y rosas! ¡Pan y rosas!*

*siempre una segunda oportunidad*” (G. García Márquez). No tienen -como ha recordado L. Boff- ningún mérito especial: si el presente no les pertenece y el pasado es el de sus colonizadores o el de sus señores, sólo les queda el futuro para soñarlo. Se trata de la utopía dura, flexible y solidaria de los pobres.

Tomo prestadas una historia<sup>19</sup> de mujeres para concluir este punto:

“La canoa secoya se desliza sin ruido para no perturbar la belleza frágil y en peligro de la selva ecuatoriana. Aún es tiempo de tomar conciencia de la creación intacta. Pero Siecopai dice que la vida está en otra parte, que la selva ya no es infinita y su mundo es ya un mundo de vidas cortas. Con una población de apenas 500 personas y con su territorio convertido en Reserva Faunística, subsistir supone que los hombres trabajen en las petroleras o en las agroindustrias. Y ella, al igual que el resto de las mujeres secoyas han decidido no tener hijos de hombres que ya no saben lo que sueñan. Porque sin sueños, no hay esperanzas que contar a sus hijos e hijas en las largas noches del invierno.

Abandonados los ritos del *yajé*, los secoyas se niegan a sí mismos la posibilidad misma del conocimiento y las mujeres cultivan juncos que toman en infusión durante días para no procrear. En la Navidad de 1987, se contabilizaron -de todo ese año- cinco nacimientos en los poblados sionas-secoyas del Cuyabeno y el Aguarico. Ninguna mujer entre ellos.

Siecopai piensa que perdido el equilibrio, sin pares, es como vivir la vida de los muertos, ese pasar por el río sin riberas, un mar del que no se regresa.

Al igual que la floresta, en la Amazonía, desaparecen gentes y lenguas. Lejos, alguien dedica tiempo a hablar de población sobrante”.

#### **4.4. Con los ojos del otro que nos visita: la mirada de la esperanza**

Es persistente la experiencia de que el compromiso en las realidades de exclusión suscita una marea de mociones que interpelan a nuestra sabiduría, que nos hace más realistas, que nos dice quiénes somos nosotros en realidad. *El pobre tiene una verdad sobre ti*, dijo Jean Vanier, fundador de El Arca. *“El pobre es muchas veces*

---

<sup>19</sup>Relato verídico recogido en Febrero de 1988 en la Amazonía ecuatoriana, actuales provincias de Sucumbíos y Napo. Siecopai significa gente de colores (*sieco*: de colores; *pai*: gente). De entre las diez etnias indígenas ecuatorianas, los sionas-secoyas constituyen el grupo de menor población, eran dos tribus diferenciadas pero ante el peligro de extinción se fusionaron a comienzos del siglo pasado. El *yajé* es la bebida ritual utilizada por el líder espiritual y curandero, denominado “bebedor de *yajé*” (*yajé ucuquë*).

*poseedor de una cultura con valores propios [...] con una inventiva y fuerza creadora que resiste, pese a todo, a la llamada crisis de los paradigmas que se vive hoy*<sup>20</sup>.

### **Aprendamos de la historia: el caso de Bartolomé de Las Casas**

La historia de la Iglesia demuestra que los argumentos indiscutibles del cristianismo primitivo en favor del igualitarismo no impidieron los desafueros del colonialismo. ¿Qué extrañas razones hicieron posible que la cultura oficial cristiana se negase a sí misma para dar alas a la empresa colonial? ¿Por qué algunos frailes extravagantes percibieron con tanta claridad que era una falacia todo colonialismo realizado en nombre del cristianismo? Cinco siglos más tarde la respuesta parece sencilla. Entonces las prácticas solidarias con los indios no se desprendieron **directamente** de la teoría evangélica. Para brotar necesitaron de un contacto cualificado por la compasión con la realidad colonial. Y ello hizo posible algo sumamente importante para nuestro asunto, a saber: redefinir la teoría cristiana sobre el derecho de los indios. La lucha de Bartolomé de las Casas contra la teología oficial de su tiempo está para atestiguarlo. Recordémosla brevemente.

El obispo de Chiapas convirtió la realidad en argumento. Su pensamiento no solo se refería a la realidad, sino que lo elaboró inserto en ella. Y “*el-estar-en*” le permitió razonar sobre asuntos de Indias con mucha más lógica y más acertadamente que “*el-saber-sobre*” de los más célebres e ilustres teólogos españoles. Movidado por el escándalo moral y recorriendo la vía empírica de la comprobación trágica, el patetismo y la compasión en la percepción de lo que realmente estaba pasando en la colonización de América, puso en duda piezas sustanciales de su propia tradición filosófica y teológica, invirtió incluso su signo cultural, y acabó configurando un novedoso concepto de *tolerancia/compasión* en nombre de los oprimidos.

Hay una página de su vida por la que siento especial predilección, y que ilustra magníficamente su capacidad de dejarse argumentar por la realidad. Cuando más arrecia la polémica en torno a la barbarie o no de los indios para justificar o condenar su servidumbre, Las Casas reconocerá la distancia entre su punto de vista y el aristotélico con un exabrupto:

---

<sup>20</sup> G. Gutiérrez, *La densidad del presente*, 179.

“Mandemos a paseo en esto a Aristóteles, pues de Cristo, que es verdad eterna, tenemos el siguiente mandato: ‘Amarás a tu prójimo como a ti mismo’ (Mateo, 22); y el nuevo Pablo dice: ‘La caridad no busca lo que es suyo, sino lo que es de Jesucristo?’ (Epístola a los Corintios, 13)”.

En su enfrentamiento con Sepúlveda seguramente se equivoca en su interpretación del aristotelismo, pero acierta plenamente en lo sustancial: en el reconocimiento del derecho de los que están siendo oprimidos y expoliados, de la soberanía de los indios sobre sus cosas. Las Casas desde lo que han visto sus propios ojos y desde una prolongada experiencia compasiva del otro -el indio- en el que percibe al pobre según el Evangelio. Ahí encuentra la fuente del conocimiento que le permite desenterrar la verdad de la fe que ortodoxas teologías tenían sepultada. Las Casas lee y relee los hechos como si fuese indio, y esto convierte su punto de vista en favorable a los derechos de los indios. Su discurso es el de la Iglesia de los indios. Así realiza en contemporaneidad con los hechos históricos la primera manifestación histórica del remordimiento producido por los daños causados a los otros. Es un discurso crítico con su propia cultura y combativo contra los intereses de su patria. Entre Dios y él mismo no hay más mediación que la misión de defender a los indios contra todos. Su punto de vista da paso a una percepción de los hechos que en su tiempo fue considerada exagerada por sus compatriotas y que hoy se ve como una descripción precisa, apasionada y moralmente motivada de los mismos. Hoy su pensamiento suele presentarse, por “tiros y troyanos”, como una vuelta a los orígenes, como una recuperación del mensaje igualitario y liberador del primitivo cristianismo.

La mirada del otro -e. d., de las víctimas de la injusticia- ha de ser nuestra luz y nuestra guía. Los sacrosantos intereses y las incontables necesidades (falsas y artificiales) de los ciudadanos de los países ricos, constituyen “la viga” de nuestros ojos, que nos impide ver y conocer lo que tenemos delante (cf. Mt 7, 3). La honradez con la realidad nos reclama una alteración de nuestra mirada, un movimiento sutil de nuestros ojos conducente a «ponerse en el punto de mira del otro». *Mirarse con los ojos del otro que nos visita*, supone una auténtica revolución epistemológica. Así lo experimentaron Francisco de Asís y Bartolomé de las Casas. La mirada de un leproso y la mirada del indio les cambiaron respectivamente la vida.

Los seguidores de Jesús se encuentran así instalados en el camino de *una mística de ojos abiertos* (J. B. Metz). Sólo el compartir la causa y los sufrimientos de los pobres permite participar del “*privilegio hermenéutico*” que habilita para identificar la

gloria y los rumores del Dios de Vida en el rostro desfigurado y los gritos de dolor de los pobres. Recreados por el Espíritu de Jesús, empiezan a ver el mundo tal como es, a sufrir con él y a tomar en serio su sufrimiento. Esta *compasión* y la *indignación* provocada por la comprobación de que las garantías mínimas de la dignidad humana no se universalizan, se convierten en fuente de conocimiento de la realidad y también de la revelación di-vina. Perciben los despojos humanos de la exclusión cargados con “*el peso inmenso de la gloria eterna*” de Dios (cf., 2 Cor 4, 16). El permanente “exilio” de Dios no encuentra otra posada terrena que no sea ese descampado donde se amontonan y ocultan los excedentes humanos de la aldea global. Ellos constituyen su sacramento, su palabra/presencia más elocuente, su llamada inerme a interrumpir definitivamente la historia de la violencia y de la explotación del hombre por el hombre. La gloria que Dios ha otorgado al ser humano, la condición de imagen divina y de hijo suyo se encuentra alienada en ellos. Y el mismo Dios de la gloria vive libremente allí reclamando su liberación.

El acceso a esta experiencia no se alcanza a través de explicaciones de gurús o de maestros espirituales. Su vereda se adentra en “*la experiencia universal de la noche oscura*”. Se requiere contemplar la realidad desde la exclusión y ser alcanzado allí por la mirada purificadora de Dios en los ojos de los excluidos sociales y por su palabra salvadora en el grito inarticulado de las víctimas. En la medida en que al contemplar somos contemplados y al mirar nos dejamos mirar por el Dios de Vida en los ojos femeninos de la exclusión, en los ojos, negros como pozos, de los viajeros de las pateras, en los vidriosos de las víctimas de la droga, en los mortalmente heridos de los enfermos del sida, en los sin esperanza de los parados de larga duración, o en los...., esta visión provoca la “*infusión secreta, pacífica y amorosa de Dios*” e inflama al alma en espíritu de amor.

#### **4.5. Las señales de la promesa como guía (Mt 16, 1-5)**

La sabiduría de la esperanza necesita pertrecharse con ese instinto del *guía*, que mezcla conocimientos y deseos. Ella misma ha de aprender pacientemente a encontrar en el “*ya no*” de las esperanzas culturales cercenadas, de las transformaciones sociales fracasadas y de los pasados socialistas sin futuro, el “*todavía sí*” de un mañana verdaderamente humano para nuestro mundo. Desprovista de falsas evidencias y descargada de toda intolerancia, enseñará así a descubrir fragmentos con futuro de totalidad y liberaciones parciales con vocación de plenitud en los materiales demolidos de la modernidad, que reclaman ser recuperados de ese “basurero” de la

historia que es el olvido. Compañera de otros saberes y despegada de los caminos trillados se capacitará para provocar sobre el mundo la perspectiva de la redención en las búsquedas comunes. Se trata de una mirada desde la que aparece con mucha mayor claridad el abismo que separa la existencia real del mundo del estado de salvación. Es una perspectiva que “*desenmascara lo-que-existe como lo-que-no-debe-existir, y presenta la salvación como el único estado que haría justicia a o desfigurado y dañado en la historia, si es que un día llegara a realizarse*”<sup>21</sup>.

La sabiduría cristiana precisa percibir la dimensión salvífica de nuestros hechos históricos. Acompañar a nuestro mundo en la búsqueda de sentido significa anunciarle los indicativos del *todavía sí* de la justicia y no meramente sus imperativos. La praxis de la justicia necesita de una hermenéutica de la presencia de sus signos en nuestro tiempo. El cristianismo de ayer predicó infinidad de veces que *había que ser casto*, pero poquíssimas que era posible serlo o, al menos, caminar hacia la castidad. Así la Buena Nueva se adulteró en moralismo y la Gracia se evaporó de la historia<sup>22</sup>. Una sabiduría de la esperanza, compañera en la lucha contra los procesos de exclusión, ha de evitar hoy el cometer el mismo error. Necesita ser más experta en la pedagogía de los indicativos de la fraternidad que versada en sus imperativos. En las oscuras perspectivas de los procesos de exclusión, revestida con la sensibilidad de las mujeres (cf. Lc 24, 23-24), “*sin otra luz ni guía de la que en su corazón ardía*”, la esperanza cristiana ha de ayudar a encontrar señales de la Patria, allí dónde otros sólo ven callejones sin salida, e indicar su presencia en los caminos actuales y provisionales que conducen hacia ella.

Existen ya propuestas político-económicas en la agenda del Sur, un número importante de iniciativas sociales en la sociedad civil de los países desarrollados, muchas de las nuevas sensibilidades y valores postmaterialistas de nuestras sociedades industriales avanzadas, y compromisos personales y comunitarios, que poseen esta capacidad de indicar la validez histórica de la promesa de Dios<sup>23</sup>. Todos ellos, en su debilidad, representan la aparición en la historia de *lo inédito viable* de la causa de la justicia humana. No tenerlos en cuenta es una grave negligencia. Sin valorarlos, la lucha por las alternativas a la exclusión resultará tarde o temprano

---

<sup>21</sup>J. A. Zamora, *Th. W. Adorno. Pensar contra la barbarie*, Trotta, Madrid 2004, 284.

<sup>22</sup>Véase J. I. González Faus, *Proyecto de hermano. Visión creyente del hombre*, Sal Terrae, Santander 1987, p. 446.

<sup>23</sup>Véase F. J. Vitoria Cormenzana, *Otro mundo es posible. La utopía de la familia humana vs. el poder sacrificial del nuevo orden*, en *Iglesia Viva* 219 (2004), pp. 59-73.

inviabile. La sola percepción de su imperativo no capacita suficientemente para soportar “la carga” del amor solidario en esta sociedad inmisericorde. Y suele conducir al maniqueísmo, al purismo rigorista o al catastrofismo. Todos estos talentos debilitan la capacidad de resistencia y conducen, más bien a corto plazo, a claudicar razonablemente -también en la vida religiosa- ante el *inevitable* empuje del dulce encanto burgués de la vida privada.

#### 4.6. El aliento y la compañía de los testigos (Heb 12, 1-2).

“*En tiempos oscuros nos ayudan quienes han sabido andar en la noche*”. Estas palabras de E. Sábato nos sugieren la necesidad que tenemos los cristianos recordar y narrar las historias contemporáneas de cuño evangélico, que actualizan biográficamente la tradición de Jesús de Nazaret. No debiéramos dar por bueno el reproche que P. Berger dirige a los cristianos pensantes por haber mantenido una actitud pasiva e incluso perezosa ante la «sabiduría» del mundo moderno, es decir, una actitud de “«*lectura*» más bien que de «*escritura*»” de los signos de los tiempos<sup>24</sup>. En las horas más oscuras y en los lugares más sombríos del siglo XX siempre ha habido en nuestro entorno “*una gran nube de testigos*” (Heb 12, 1-2) que nos enseñaron a caminar en la oscuridad. Fueron escribiendo con sus propias vidas -y en numerosas ocasiones con su propia sangre derramada- evangelios de fraternidad contracultural a la medida del Testigo Fiel. Esas historias existen y están siendo narradas por algunas iglesias y muchas comunidades cristianas. Todas ellas portaban “*esa débil fuerza mesiánica*” del “*enano jorobado*”, que tanto añoró W. Benjamin<sup>25</sup>.

La última centuria produjo una rica cosecha de historias intempestivas de solidaridad. Sus protagonistas pretendieron dar la palabra a los sin voz y ser salida real para una sed de justicia que clamaba al cielo. Cada una de esas historias constituye un pequeño relato de un hombre o una mujer que pretendió ser bueno como Dios, sin conseguirlo plenamente. Todas ellas son reales como la vida misma. No tienen nada en común ni con los viejos mitos, ni con los nuevos grandes relatos virtuales. Sus

---

<sup>24</sup>cf., Berger, P. *Una gloria lejana. La búsqueda de la fe en época de credulidad*, Herder, Barcelona 1994, 25-26.

<sup>25</sup>cf., *Discursos interrumpidos I*, Taurus, Madrid 1989, 177.

protagonistas no son héroes, ni poseen poderes fantásticos. Son hombres y mujeres de carne y hueso que han experimentado el cansancio que produce la ayuda a las víctimas, el desgarrar de su dolor sin límites, el amargor de sus lágrimas, la impotencia de la palabra, de cualquier palabra, ante el sacrificio cruel de la violencia. Frecuentemente se trata de hombres y mujeres derrotados y asesinados por la fuerza de los ídolos, cuya memoria es el mejor antídoto contra todo fundamentalismo militante. Incluso cuando accedemos aceptar la muerte como precio y condición de la vida, aun si nos atrevemos con franciscana simplicidad a llamarla “hermana” y “amiga”, sus muertes, como la de Jesús, son de esas muertes que nunca debieron existir. Sus historias -¡tan vulnerablemente humanas!- nos permiten recuperar un poco la esperanza en los seres humanos. Sus rostros poseían rasgos raciales diferentes y sus voces hablaban lenguas diversas. Sus biografías, sin embargo, responden a un perfil humano común: el de hombres y mujeres de los que no era digno el mundo. Sin embargo Dios ni se avergonzó de ellos, ni tuvo a menos ser llamado Dios suyo. Errantes por el desierto de la historia paradójicamente recibieron su visita como Voz inquietante y Exceso amoroso (Heb 11, 16.38).

Caminaron junto a sus contemporáneos, empeñados en inventar el mundo de nuevo, henchidos de esperanza en el futuro y de ironía hacia las pretensiones de los alquimistas de la inevitabilidad. Sus itinerarios vitales desprendían el seductor perfume del Evangelio y contagiaban el talante humano de Jesús.

#### **4.7. El retablo de las maravillas: la creación de espacios abiertos (Ps 31, 9).**

Quienes trabajáis en el mundo de la exclusión conocéis de primera mano que nuestro mundo abunda en horrores. Pero también es cierto que seguís viviendo. Podemos seguir siendo hombre y mujeres vivos y no muertos vivientes, porque en el exilio de la pobreza también encontramos espacios abiertos que nos permiten respirar y movernos con libertad. En el exilio es posible experimentar a Dios como “espacio amplio” donde se recibe y se da vida (Ps 31, 9).

Estoy convencido de que esta experiencia es posible gracias a la inestimable ayuda del “retablo de las maravillas” que nos envuelve, aunque muchas veces no caigamos en cuenta de su presencia. Lo creo, aunque suene inocente y parezca que lo único que pretendo es negar el espanto. Lo proclamo, porque creo de verdad que el



impulso que nos mueve a vivir está en esa búsqueda de las maravillas con mucha más intensidad que en el miedo.

La cultura occidental ha considerado que lo verdaderamente humano estaba en el conocimiento y la voluntad. Las necesidades, los deseos y los impulsos inconscientes del cuerpo eran rebajados a pura materialidad y por ello despreciables. La reacción del presente nos ha llevado a una cultura del deseo que idolatriza todo lo que antaño despreciamos hasta esclavizarnos. La opción por las grandes causas humanas (p.e., la justicia) y la búsqueda de la satisfacción del deseo (la felicidad) constituyen dinamismos humanos complementarios. Bien conjugados, pueden permitirnos estar con vigor y rigor en la lucha contra la exclusión y disfrutar “a tope” escuchando la música sublime de Mozart, contemplando cómo se ponen de exuberantes los ocreos de un bosque en otoño o los violetas de una puesta de sol junto al mar Cantábrico, sintiendo la compañía incomparable de la pareja o dejándose desarbolar por la ternura de los niños, y con tantas otras cosas (las pequeñas aficiones familiares) que nos permiten “soñar en colores”, pero desde una posición excéntrica y “sin retener el gozo como botín propio”. La ascética cristiana, también la de la lucha por la justicia, no es un camino trazado a base de rigorismos y de rigideces que busca la negación del deseo, sino un sendero para su rehabilitación, una oferta para realizar un éxodo que le conduzca del *eros* al *agapé*<sup>26</sup>.

Con la ayuda impagable de Ángeles Mastretta<sup>27</sup> podríamos establecer clasificación de maravillas cotidianas que se pueden evocar incluso desde el exilio.

#### **4.8. Los juegos como regeneradores de vida.**

No podemos ignorar la función alienante el juego en nuestra sociedad. “*Panem et circenses*”, la antigua divisa del emperador romano, sigue teniendo una enorme actualidad entre nosotros. Los juegos desempeñan funciones de alivio para los pesares del exilio. Pero rara vez se encuentra en ellos la afirmación gozosa de la vida y una alternativa al esquema cotidiano de nuestra vida, al comportamiento convencional y a la mediocridad. Sin embargo en el exilio no podemos renunciar al juego de la libertad por aquello de que se ha abusado de ella y se seguirá abusando. Necesitamos liberar los

---

<sup>26</sup>cf., Quinzá Lleó, X., *La cultura del deseo y la seducción de Dios*, Fe y Secularidad/Sal Terrae, Madrid/Santander 1993.

<sup>27</sup>cf., Mastretta, Á. *El cielo de los leones*, Seix Barral, Barcelona 2004, 69-73.

juegos del control de los especialistas en llenar el tiempo libre y promover una nueva autonomía, una nueva fantasía productiva en favor de un mundo más libre. El juego se torna desesperanzador y pierde su gracia cuando sólo sirve para olvidar durante algún tiempo lo que es imposible cambiar. Pero existe la posibilidad de que los juegos sean regeneradores de vida cuando nos sirven para liberarnos momentáneamente de las cadenas y recobrar así el gusto por la libertad y la felicidad<sup>28</sup>.

Lo expresaba muy bien el teólogo Hugo Rahner que escribió un librito sobre el juego: *“Jugar es entregarse a una suerte de magia, representar el papel de otro absoluto, adelantarse al futuro, dejar de lado el mundo incómodo de los hechos. En el juego, las realidades terrenales se convierten de repente en cosas transitorias, que por un instante se dejan de lado y luego se desechan y se entierran en el pasado; la mente está dispuesta a aceptar lo inimaginado y lo increíble, a adentrarse en un mundo regido por unas leyes distintas, a desembarazarse de todos los pesos que la abruman, a ser libre. majestuosa, sin nada que la coarte, y divina. El hombre cuando juega intenta alcanzar... esa desenvoltura superlativa en la que incluso el cuerpo, libre de su carga terrenal, se mueve sin refuerzo al compás de una danza divina”*<sup>29</sup>.

#### **4.9. El humor redentor (Ps 126, 2).**

El cristianismo está necesitado de recuperar la alegría y el humor que brotan de la fe para sostener la esperanza en la adversidad. Si uno revisa las fuentes de la revelación judeocristiana parecería que el humor es algo contrario a la fe. Más aún, la risa parecería una expresión de la falta de fe (cf. Gen 17, 15-21; 18, 1-5). Sin embargo el teólogo protestante R. Niebuhr no piensa lo mismo. Encuentra una relación entre humor y fe:

“La íntima relación entre el humor y la fe procede del hecho de que ambos se ocupan de las incongruencias de nuestra existencia. El humor se ocupa de las incongruencias inmediatas de la vida y la fe de las incongruencias últimas. Tanto el humor como la fe son expresiones de la libertad del espíritu humano, de su capacidad para distanciarse de la vida, y de sí mismo, y contemplar el panorama en su conjunto. Sin embargo, cualquier visión de conjunto enseguida plantea el problema de cómo afrontar las incongruencias de la vida; en efecto, el esfuerzo para comprender la vida y el lugar que ocupamos en ella saca a la luz inconsistencias e incongruencias que no encajan en ninguna visión bien ordenada del conjunto. La risa es nuestra reacción ante las incongruencias inmediatas y las que no nos afectan de manera fundamental. La fe es la única respuesta posible ante las incongruencias últimas de la existencia, que ponen en entredicho el sentido mismo de la vida.

---

<sup>28</sup> cf., Moltmann, J. *Sobre la libertad...*, 23-28.

<sup>29</sup> Citado por P. Berger, *La risa redentora*, Kairós, Barcelona 1997, 318-319.

La fe es el triunfo final sobre la incongruencia, la afirmación definitiva de que la existencia tiene sentido. No existe otro triunfo posible y nunca lo habrá, por mucho que se amplíe el conocimiento humano. La fe es la afirmación definitiva de la libertad del espíritu humano, pero también la aceptación definitiva de la debilidad del hombre y la solución definitiva del problema de la vida, a través de la negación de cualquier solución final al alcance del hombre<sup>30</sup>.

Personalmente considero el humor como un elemento crucial de la experiencia humana y cristiana, en cuanto constituye una promesa de redención de la que da cuenta la fe cristiana. En todo caso acordemos que, también en la experiencia del exilio de la pobreza, los cristianos deberíamos practicar, como pide M. Benedetti, la defensa de la alegría:

“Defender la alegría como una trinchera  
defenderla del escándalo y la rutina  
de la miseria y los miserables  
de las ausencias transitorias y las definitivas

defender la alegría como un principio  
defenderla del pasmo y las pesadillas  
de los neutrales y de los neutrones  
de las dulces infamias  
y los graves diagnósticos

defender la alegría como una bandera  
defenderla del rayo y la melancolía  
de los ingenuos y de los canallas  
de la retórica y los paros cardiacos  
de las endemias y las academias  
defender la alegría como un destino  
defenderla del fuego y de los bomberos  
de los suicidas y los homicidas  
de las vacaciones y del agobio  
de la obligación de estar alegres

defender la alegría como una certeza  
defenderla del óxido y la roña  
de la famosa pátina del tiempo  
del relente y del oportunismo  
de los proxenetas de la risa

defender la alegría como un derecho

Deberíamos hacerlo de tal manera que un cristianismo malhumorado nunca jamás vuelva a dar pie a una estrofa como la última del poeta uruguayo:

---

<sup>30</sup>Citado por Id., 317-318.

defenderla de dios y del invierno  
de las mayúsculas y de la muerte  
de los apellidos y las lástimas  
del azar  
y también de la alegría”<sup>31</sup>.

### **Conclusión: volveremos a cantar en tierra extraña (Ps 137)**

Los cristianos de la Iglesia latinoamericana están habituados a vivir en el exilio de los pobres de una manera diferente a los europeos. Ellos han sido capaces de descubrir en el hambre de justicia de los pobres y oprimidos y en su capacidad de organizarse, en la valentía y el coraje de sus mujeres, en la hospitalidad y el compañerismo, en el testimonio de los mártires, en las organizaciones campesinas, en las comunidades de base, etc. signos de la presencia maravillosa de la patria en medio del exilio. La iglesia de los pobres piensa que la vida no se puede reducir a responder responsablemente a las preguntas kantianas: qué me está permitido esperar, qué puedo saber y qué tengo que hacer. Ella siempre añade esta otra cuestión: *qué me es posible celebrar en el cautiverio de la exclusión*. Y constantemente encuentra algo que celebrar. De este modo el pueblo creyente y pobre nunca ha perdido su aptitud para celebrar y festejar a pesar de sus rudas condiciones de vida<sup>32</sup>. Paradójicamente con Violeta Parra es capaz de entonar “*gracias a la vida, que me ha dado tanto*”.

Madrid 24 de febrero de 2007

---

<sup>31</sup> *Inventario. Poesía 1950-1985*, Visor, Madrid 1992, p.134.

<sup>32</sup> cf., Gutiérrez, G., *Beber en su propio pozo. En el itinerario espiritual de un pueblo*, CEP, Lima, 1983, 155-161.